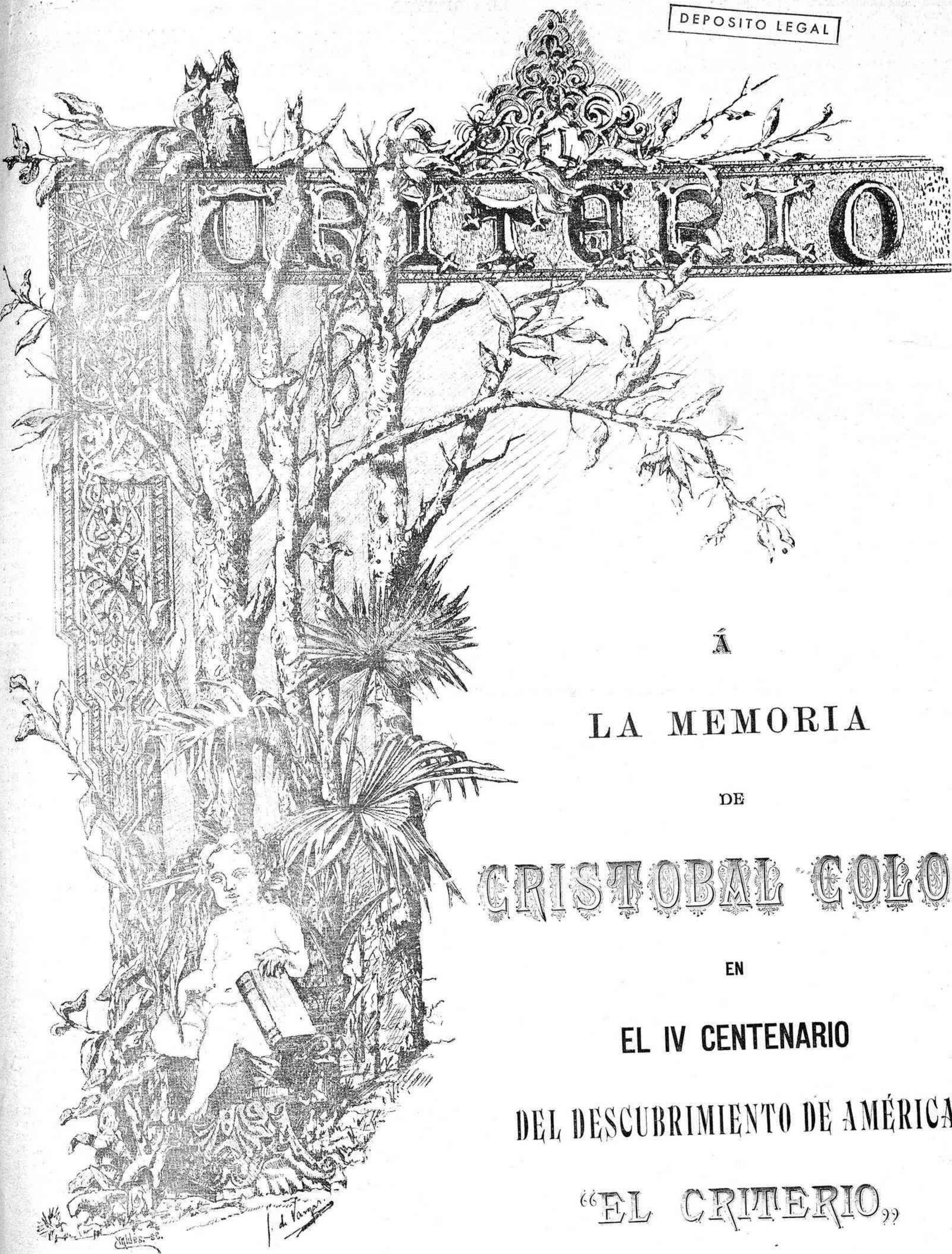


DEPOSITO LEGAL



Á

LA MEMORIA

DE

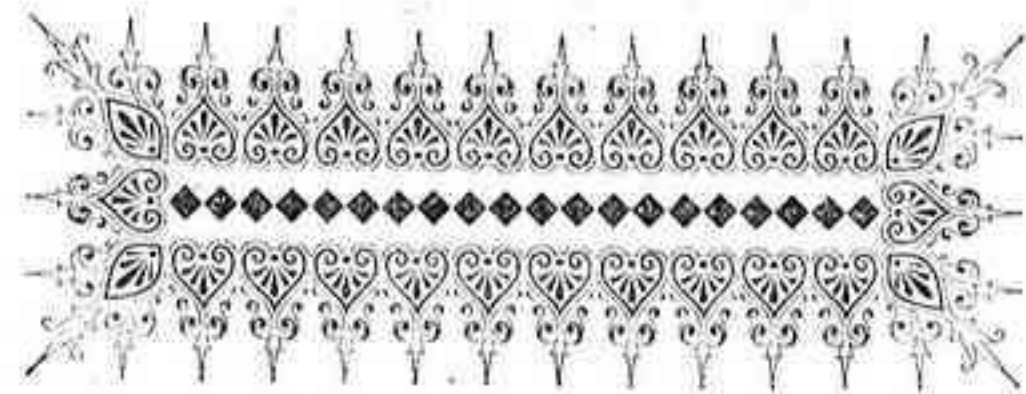
CRISTOBAL COLON

EN

EL IV CENTENARIO

DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

“EL CRITERIO”



## EL MOMENTO SOLEMNE

Es la tarde del 11 de Octubre de 1492. Los nuevos argonautas que salen del puerto de Palos el 3 de Agosto entre las lágrimas de los que se quedan, los sollozos de los que se van y el temor é incertidumbre de todos, están ya cerca, no del vellorino de oro, del país de las perlas, de las islas de la especería y de los aromas que ellos buscaban: van á tropezar con lo que no esperan, con la mitad del globo, escondido á los ojos de otra mitad, con una tierra virgen que conserva aún la juventud de su primitivo vigor y lozanía, con la maravillosa escena, en fin, que nos recuerda el sublime relato de los días tercero y sexto de la creación. Juncos marinos nacidos casi á flor de agua, y que, flotando en su superficie, como que salían en nombre de su suelo natal á dar á los recién llegados la bienvenida; aves de corto vuelo que, con su sereno aletear, eran mensajeras de la proximidad de la habitual morada, á donde tenían que volver para tomar el necesario reposo; el aura, perfumada de exquisitos olores, que sólo podían despedir florestas cuajadas de aromáticas hojas, claro indicio de una luxuriante vegetación que estaba esperando ojos que la contemplaran, y sobre todo, un madero, labrado á todas luces por humana industria, y que, al ser arrastrado por la corriente en dirección de las naos, era como una especie de heraldo enviado por el ser inteligente que le fabricara: todos estos presagios combinados reanimaron el ya desmayado pecho de los acongojados tripulantes, despertando en su corazón sentimientos halagüños y aun vivas esperanzas de que iba á sonar muy pronto la tan ansiada hora del descubrimiento.

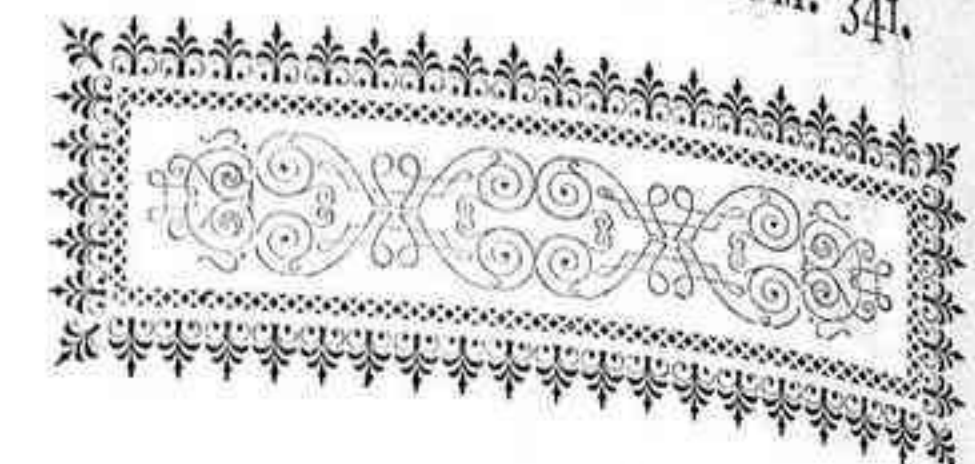
Para el genio desconocido, que de repente va á pasar de la desconfianza á la veneración, de un iluso ó de un aventurero al hombre más grande de los siglos modernos, el momento era solemne y decisivo. Y por eso, reconcentrado en sí mismo y sin descubrir á sus compañeros la casi seguridad que abrigaba de ver coronados los deseos de su vida, encierra el secreto bajo la llave de un absoluto silencio, temeroso todavía de encontrarse con una última y para él acaso humillante decepción. Así, al extender la noche su negro crespón en el espacio, sube él solo á lo más alto de la nao; desde esta atalaya de la *Santa María*, al mismo tiempo que contempla las maravillas de la creación en las refulgentes es-

trellas que tachonan la bóveda del firmamento, mira con ojo avizor por todas las partes del horizonte en busca del mundo que muy luego va á sacar con su poderoso brazo del abismo de los mares, donde para los ojos de la historia estaba escondido muchos siglos hacia. Y suena, con efecto, en el reloj de la Providencia la hora marcada en los decretos divinos.

Eran las diez de la noche, y entre atónito, alborozado y receloso descubre una luz que, como la obscuridad en medio de la cual brilla, así mientras aviva los ojos de la carne, extiende también sus sombras en la mente del genovés en medio de los fulgores que despide. ¿Qué luz es esa que viene á sorprender las ondulaciones de su agitado espíritu? ¿Es un sueño ó una realidad? ¿Es un fenómeno de la naturaleza ó una antorcha encendida por consciente artificio? ¿Es un lucero celeste que, tocando á su ocaso, aparece como incrustado en la cóncava y cristalina superficie? ¿Es el destello de algún astro que se refleja en las espumosas olas? ¡Ah! no. La misteriosa aparición no es un punto fijo en el espacio: no es tampoco ilusión óptica, que se desvanecería cesando la causa: no es una luz incierta, de reflejo ni de espejismo: todo eso está ya bien observado y analizado repetidas veces, en ocasiones diversas. Lo que en este momento arde y se apaga, cruza el espacio y se mueve de un punto á otro, no tiene semejanza con fosforescencia natural alguna: indudablemente, es obra del hombre: está realizado el sueño de su vida. El varón prudente y escarmentado, no obstante, no se precipita, llama al contra maestro en cuya sincera amistad confía, y éste viene á cerciorarle que sus ojos no le son traidores: pero la señal al poco tiempo había desaparecido sin dejar rastro alguno de su existencia: esto le hace titubear por breves instantes, y razón tiene para ello. El momento, repetimos, es solemne y decisivo. El genio de los mares en aquel instante no puede compararse con Escipión, que, sin arriesgar su honra en la batalla de Zama, con la victoria alcanzada sobre los cartagineses, adquiere el sobrenombre del Africano; ni con Julio César que, al pasar el Rubicon, de un simple general de ejército se trueca en dueño de los destinos de Roma; ni aun, bajo este concepto, con el mismo José que, de la obscuridad de la cárcel en que le ha encerrado el despecho de la perfidia, sube de repente á primer ministro del rey de Egipto. Colón va á sufrir una transformación mayor que todos esos ejemplos: va á pasar de un simple mortal, de hijo de un tejedor, al olimpo de los héroes y de los genios; de jefe de la expedición, á tipo inmortal de navegantes; del largo itinerario de las burlas y desprecios, de un loco ó un vi-

sionario, á rey de todas las eminencias humanas, al trono de una inmarcesible gloria histórica; y por lo mismo, como discreto y profundo conocedor de los hombres, no quiere alborotar á la tripulación en las tinieblas de la noche y cuando no era ni aun posible comprobar su aserto. Entre tante, aquella noche memorable, en que nadie duerme y el genio está más experto que nunca, avanza en su interrumpido curso, y uno de los tripulantes de la Pinta, al divisar con los primeros albores de la mañana un bulto que, como el Neptuno de la Eneida, levantaba su cabeza por encima de las aguas, exclama: ¡tierra, tierra! y se hace la seña convenida disparando un cañonazo, cuyos ecos, resonando por primera vez por aquellos ámbitos, despertaron, sin duda, á los sencillos isleños con un ruido para ellos inaudito; y, al asomar por los bordes del horizonte el astro del día, amanece, con efecto, un día nuevo para la religión y para la sociedad, para la civilización y para la historia. No sabemos si en él el sol se vistió con un manto de púrpura en señal de triunfo; si la naturaleza dió un salto de gozo al mostrar sus galas á gente desconocida; si las hojas de otoño reverdecieron en los árboles con nueva y primaveral frescura; si las flores ostentaron sus primores con el esmalte de una más encantadora hermesura; si el nuevo continente, en fin, se vió sorprendido al ver rasgado de súbito el tupido velo que encubría la desnudez de su estado inculto y aun salvaje. Bajando de lo risueño de la fantasía á la histórica realidad, lo que podemos asegurar es que el 12 de Octubre recuerda un suceso que no se asemeja, ni de lejos, á la expedición de los elenos por el Ponto Eusino hasta tocar las márgenes de la Cálkida; ni los viajes de los cartagineses á la antigua Atlantida; ni el paso de los fenicios por las columnas de Hércules para arribar al fin á las costas de la Gran Bretaña. El hallazgo de la isla de Guhanani es el hecho más maravilloso de los siglos, un verdadero acontecimiento que forma época en el curso de las edades. En este día se abre campo inmenso á la propagación de la fe; ancho derrotero al desarrollo de las ciencias; vías fáciles de comunicación al comercio; un llano camino á la marcha majestuosa de la civilización, dando un giro nuevo á la historia y un estrecho abrazo á los hermanos de la gran familia que, separados largo tiempo, se encuentran hoy por primera vez para no volverse á separar, ó al menos á desconocerse más.

ALEJANDRO DE LA TORRE Y VELEZ.

EL CONVENTO DE SAN ESTEBAN  
Á LA LLEGADA DE COLÓN

El convento de San Esteban se hallaba, á la sazón, en uno de los periodos más brillantes de su historia. Gobernábale como Prior, Fr. Diego Magdaleno, varón ejemplar y de rara virtud, que desde 1482 en que fué electo permaneció en su cargo hasta 1486. Florecían también en el mismo convento por aquel tiempo, después de Fr. Diego de Deza, á quien los cronistas llaman *varón sapientísimo y doctísimo*, Fr. Diego de Betoño, catedrático de Escritura, jubilado en 3 de Septiembre de 1483, según los estatutos de la Universidad, por haber enseñado veinte años. Le sucedió Fr. Alonso de Peñafiel, denominado también *doctísimo*, y moraban por entonces en San Esteban el Maestro Fr. Andrés de Toro, que había sido Provincial en 1480; el Dr. Fr. Miguel Murillo y el Bachiller Fr. Juan de San Martín, que en 1481 figuran como Inquisidores; y Fr. Vicente de Córdoba, que aparece de Vicario General en 1482. En 1486 gobernaba la Provincia el Presentado Fr. Juan del Espíritu Santo, siendo Prior de San Esteban Fr. Vicente de Córdoba, ambos hijos de este convento. Por último, no merece quedar en olvido Fray Pedro de León, profeso en San Esteban en 1483, graduado de Predicador de la Orden en 1489, y nombrado Regente del Colegio en 1502. Estos son los nombres de algunos Religiosos de los más ilustres que entonces tenía San Esteban, conservados gracias á la historia del convento que á principios del siglo XVII escribió el P. Mtro. Fr. Esteban Mora y que se guarda en el archivo del convento (1).

Algo más difícil se hace descubrir los nombres de los cosmógrafos y matemáticos, que por razón de sus estudios debieron comprender más científicamente el pensamiento de Colón; sin embargo, porque la historia no nos haya conservado sus nombres, no es menos cierto que la Orden y en particular el convento de San Esteban, contaban con frailes versados en esas ciencias, pues «profesábanse y enseñábanse en este convento en aquel tiempo, no solamente las artes y Teología, sino todas las demás facultades que se leían en la Universidad (2)». Y Pizarro: «Halló grande amparo en el convento de San Esteban, en donde florecían en aquella sazón todas las buenas letras; que no solamente había maestros de Teología y de Artes; pero aun de las demás facultades, matemáticas y artes liberales (3)».

Hemos hecho esta digresión para que se pueda apreciar siquiera de un modo incompleto el estado floreciente del convento de San Esteban, cuando llamó á sus puertas el infortunado Colón. ¡Oh! ¡Y cuán honda amargura

(1) Estos nombres, con más algunos otros de menos importancia, los entresacó ya de dicha historia el Dr. D. Alejandro Torre y Vélez, Canónigo de esta Iglesia, en su «Memoria» presentada y premiada en la Sociedad Colombina Onubense en 1885, pág. 148.

(2) Fr. Juan de Araya. Historia MS. del convento, parte primera, lib. II, cap. 11.

(3) Varones ilustres del Nuevo Mundo, cap. 3.º W. Irving en su Vida y Viajes de Colón: «Dícese que, al empezar su discurso, todos dejaron de prestarle atención menos los frailes de San Esteban, por poseer aquel convento más conocimientos científicos que el resto de la Universidad». Lib. II, cap. 1.º En el mismo sentido habla Doncel y Ordás.

encerraría en su pecho el genio que acababa de servir de blanco á las sátiras y burlas de la junta cortesana presidida por el Prior del Prado! Qué estremecimiento y ansiedad se apoderaría de todo su sér ante la sola idea de ser nuevamente el ludibrio de la docta Salamanca, cuyas puertas atravesaba por vez primera!

Necesitaba Colón á todo trance el apoyo decidido de unos cuantos hombres de ciencia cuya autoridad fuese de todos conocida y respetada. ¿Cómo sino, podría contrabalancear las preocupaciones de las gentes de su siglo? En Salamanca, pues, fijó sus ojos el despreciado marino, y á ésta se agarró como á única tabla para librar de inminente naufragio su proyecto. A Salamanca venía porque en Salamanca había sabios, en su mayor número religiosos, y sabía por experiencia la acogida que los frailes le dispensaban.

Pero no es de creer que Colón se atreviese á venir á la *Atenas española* sin más recomendación que su entusiasmo; ¡había sufrido ya tantos engaños! Y tanto menos es esto creíble, cuanto que el mismo Colón se encaminó directamente á San Esteban, convento que por aquellos tiempos mantenía muy buenas relaciones con la corte, de donde venía él precisamente. Además le eran de sobra conocidas las simpatías que el gran Cardenal Mendoza había sentido por su proyecto; ¿cómo, pues, dejaría de darle una leve recomendación siquiera para su amigo Deza, oráculo entonces de la Universidad Salmantina? (1)

Cuenta, pues, la tradición que en el mismo instante en que pisó Colón los claustros de San Esteban, comenzó á salir la comunidad en ordenada procesión del refectorio, cantando el *Miserere* de paso que se encaminaba á la iglesia. Ninguno de los Religiosos conocía á aquel pobre extranjero, que con la vista humilde y la gorra en la mano permanecía en actitud de esperar y silencioso. Pero no importa, Fr. Diego de Deza lo ha visto, va con el Prior á recibirle, lee sin duda la recomendación que del gran Cardenal le había traído el forastero y pocas horas más tarde será el gran protector que Colón necesitaba para salir airoso en su proyecto. Si; pocas horas más tarde los genios se habrán comprendido, y Colón tendrá el apoyo decidido de un sabio, que arrastrará en su favor á la Escuela más respetable de su tiempo, y después tendrá también el apoyo de un Maestro del Príncipe, que hará que la corte consienta en lo que haga asentir primero á la docta Universidad de Salamanca.

FR. P. GERARD, O. P.

## MADRID SE DIVIERTE

LA noticia de los costosos festejos que van á celebrarse en Madrid con motivo del centenario colombino, ha traído á nuestra mente un pensamiento, sobre el cual habrán reflexionado, como nosotros, muchas veces nuestros lectores; el contraste que ofrece Madrid con las provincias, la capital de la monarquía, donde todo es lujo y despilfarro, goces y diversiones, y los pueblos de

esta misma monarquía, en especial los de corto vecindario, donde se siente la miseria y se palpa la ruina á que nos han conducido todos los partidos del sistema liberal y centralizador. El liberalismo es centralizador por esencia; y la centralización en su lógica bárbara y funesta, pide que se centralice también el placer.

Madrid absorbe toda la vida de la Nación. A Madrid hay que ir por todo y para todo. En todos los departamentos y órdenes de asuntos y para toda clase de negocios no se puede dar un paso, si no se acude á Madrid. No sólo en pretensiones de favor ó de gracia, sino hasta en demandas de estricta justicia y de facilísimo despa-

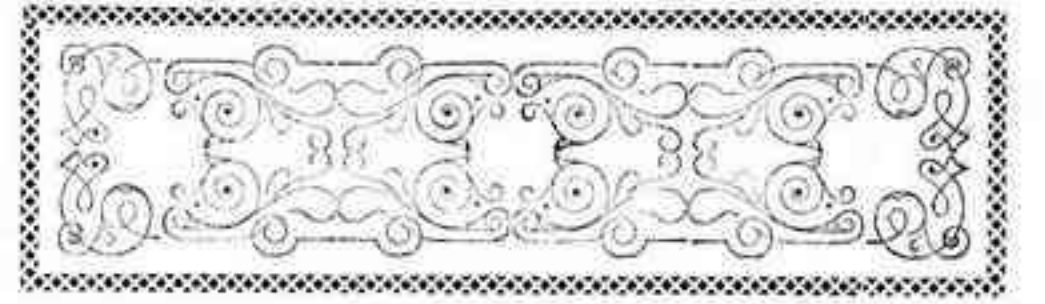
da al presente, por ceguera y torpeza inconcebibles.

No es población trabajadora la que imprime fisonomía propia á Madrid, sino baldía y disipada: pueblo de empleados, pretendientes y ociosos, más ó menos acomodados, pero que viven para regalar y divertirse, no carece durante todo el año de los más refinados, escogidos y variados placeres, con que se aturden todos aquellos que piensan que el hombre ha nacido para gozar y nada más.

Y no es que nosotros censuremos ni reprobemos en absoluto ciertos espectáculos relacionados con el adelanto y brillo de las artes, cuando no resulten incompatibles con la mo-

ta sociedad desquiciada, en esta nación tan quebrantada y empobrecida, es una necesidad de primer orden el divertirse y la capital da la pauta y el ejemplo. Mientras las provincias y los pueblos decaen y se arruinan, mientras la mayoría de los españoles gime bajo el peso de innumerables desdichas, en esa capital se gasta y se derrocha con locura; en tanto que el verdadero pueblo sufre, Madrid se divierte.

RAFAEL CANO.



## COLON Y LA IGLESIA

NADA debe la humanidad á la religión católica, que no sean coacciones para el individuo, trabas para la ciencia, egoísmo en todas las empresas que sus hombres acometieron.

Hé aquí, en síntesis, el capítulo de cargos que se hacen por los detractores sistemáticos de nuestra religión sacrosanta.

¡Insensatos! el desconocimiento absoluto de la historia de diez y nueve siglos, es lo único que su ceguera motiva y los impulsa á producirse en forma tal contra la institución, cuya característica la constituyen la abnegación y la magnanimidad, no interesadas y egoístas cual lo son las aparentes de que se glorían los usurpadores de sus títulos, si que la abnegación y magnanimidad puras y sublimes, propias tan sólo del cuerpo cuyos miembros son los ministros de un Dios sacrificado en holocausto por la redención del mundo sobre la cumbre del Gólgota.

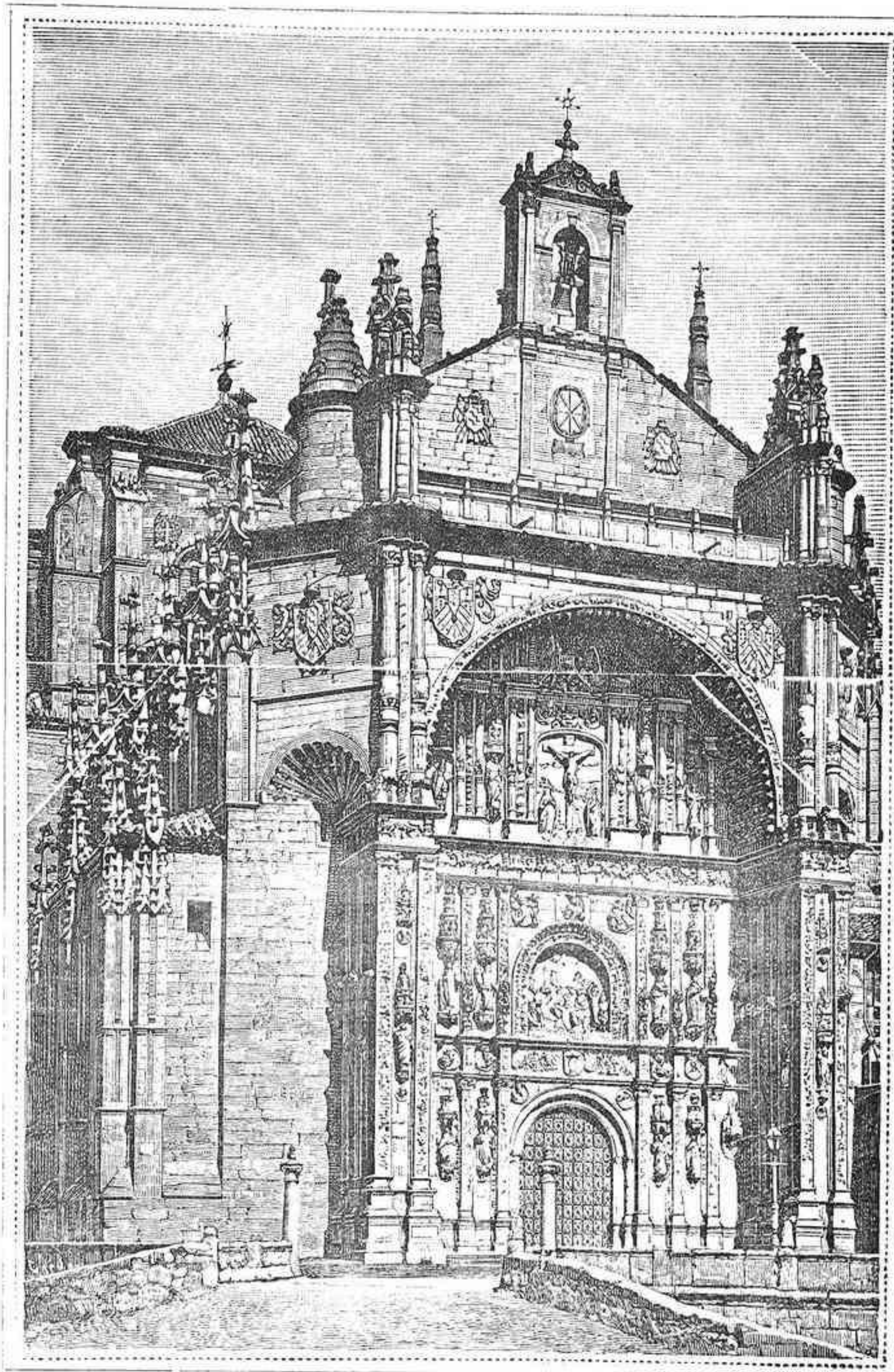
Abramos, si no la historia; doquier registremos un acontecimiento importante, uno de esos hechos que constituyen época en los anales de la humanidad, y á los cuales ésta es deudora de un beneficio material ó moral, allí encontraremos siempre á la Iglesia católica, realizándolo promoviendo, protegiéndolo ó santificándolo; y así debía y tenía que ser forzosamente dados su origen, su carácter y su fin.

Ved un hombre que ante los obstáculos que á la realización de un proyecto se oponen, titubea ó se desmaya; seguidle si acaso se decidió á buscar un apoyo en la religión, y le contemplaréis fortalecido, dotado de nuevos bríos y provisto ya de nuevos auxiliares.

Larga sería la lista que pudiéramos presentar como prueba de nuestro aserto, de insignes hombres realizadores de portentosos hechos, merced al impulso de la fe que en sus pechos alentaba; mas en la imposibilidad de hacerlo, bástenos el contenido del presente párrafo, tomado de la obra *La ciencia y la religión*, producto de las excepcionales y preclaras dotes del sabio Obispo de Salamanca Rvdo. P. Cámara:

«Muy católico Colón; sus pensamientos y deseos eran llevar la cruz á desconocidas regiones; hoy viábase por amor á la ciencia y la vanidad humana; entonces, sabiendo todos, aguzaba á los exploradores al deseo de dilatar la fe y los dominios de la Iglesia Católica; la cruz se clavó en San Salvador, con la cruz se dobló el cabo de las tormentas y se abrió el camino de las Indias, con la cruz se pasó el estrecho de Magallanes y el mundo fué circundado de los resplandores del catolicismo.»

Exacta la relación de los hechos á que se hace referencia, y ya que el nombre de Colón figura á la cabeza del párrafo anterior, hoy que es objeto de estudios y comentarios la vida y acontecimientos del ilustre cosmógrafo, cuya fama llenó el mundo,



FACHADA DE LA IGLESIA DEL CONVENTO DE SAN ESTEBAN

cho, es preciso trabajar y gestionar en Madrid, si se quiere conseguir la pronta solución del asunto.

Quien tratase de apreciar la situación de España por el aspecto que la capital presenta, juzgaría que es el pueblo más rico, más próspero y floreciente de la tierra. Los apuros y angustias del contribuyente, abrumado de cargas; las pertinaces y gravísimas calamidades públicas; la disminución y falta de cosechas; la tala de los montes; la despoblación de los campos; la ruina completa de la agricultura, nada de eso se trasluce en la regocijada villa del oso y del madroño. Nuestros gobernantes y políticos, acostumbrados á vivir dentro de esa atmósfera y á no ver otro horizonte que el alegre y risueño de la capital, llegan acaso á persuadirse de que todo va muy bien, ó por lo menos consideran exagerados, sobrado fatídicos é importunos, los lamentos de la inmensa mayoría del pueblo, en particular de los infelices labradores, clase la más desatendida y desprecia-

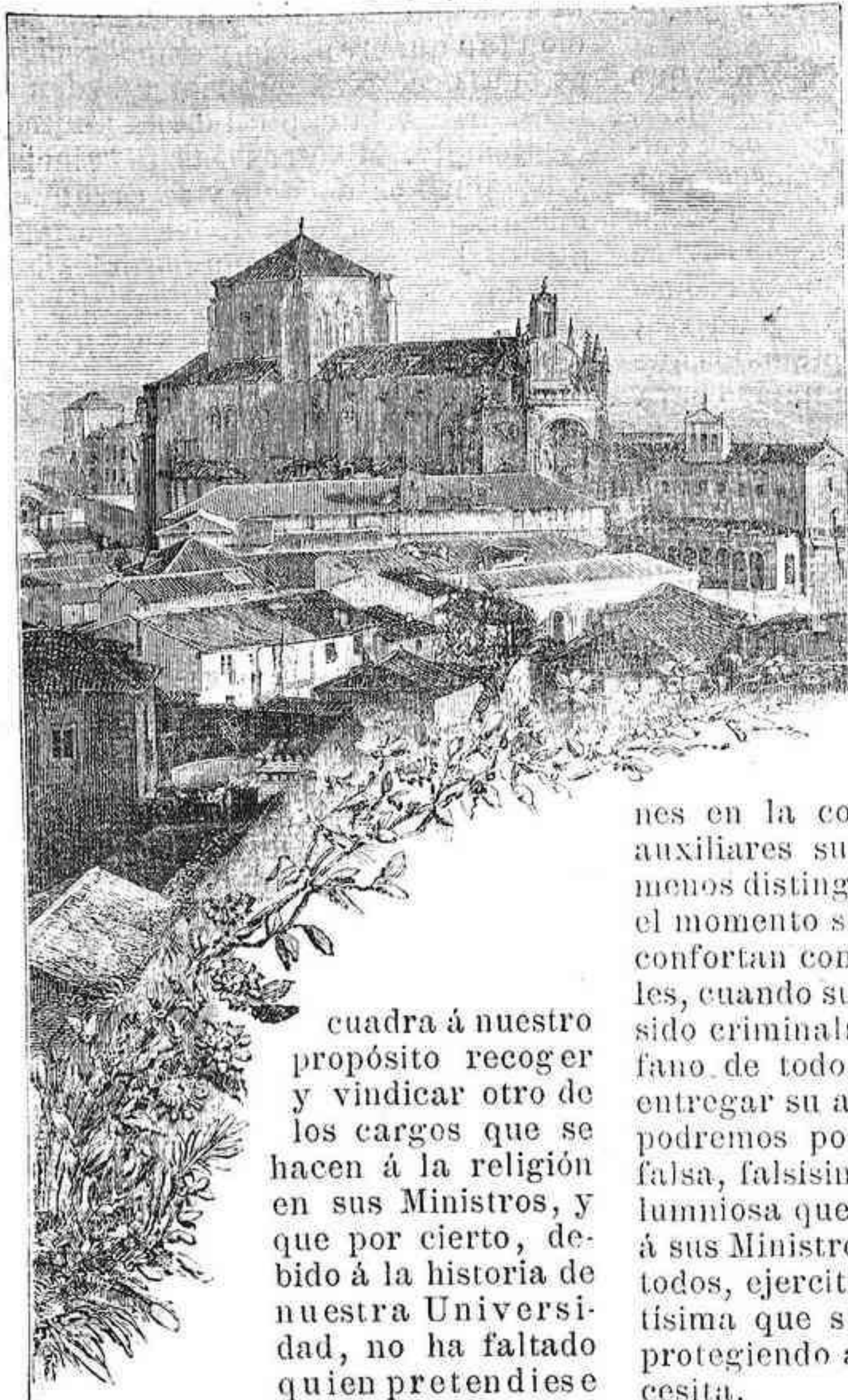
ral; pero nos ha llamado la atención más de una vez la febril avidez con que aquel pueblo acude en tropel á llenar todos los teatros que, aun siendo muchos, como son, todavía no le bastan, disputándose el tomar localidades, como si allí á la entrada diesen dinero, en vez de exigirlo.

Sabido es que asciende á una cifra enorme, fabulosa el caudal que anualmente encierran en sus cajas algunas empresas, con especialidad la del teatro Real y la de la plaza de Toros.

La explicación de estos hechos se encuentra de una parte en la hidrópica sed de gozar que aqueja á la generación presente; por otra en las particulares condiciones de Madrid, pueblo compuesto de muchos ricos materializados y de vida epicúrea y de una gran masa de población flotante á la que arrastra ese mismo torbellino de goces y diversiones.

Las reflexiones que tales hechos sugieren y las consecuencias que de ellos se desprenden, no pueden ser más tristes y desconsoladoras. En es-

(1) Que Fr. Diego de Deza y el Cardenal Mendoza se conocían y apreciaban mutuamente no cabe la menor duda. Véase la «Memoria colombina» ya citada. Pág. 112.



cuadra á nuestro propósito recoger y vindicar otro de los cargos que se hacen á la religión en sus Ministros, y que por cierto, debido á la historia de nuestra Universidad, no ha faltado quien pretendiese hacerlo á ella extensivo.

¿Por ventura, preguntan algunos, protegieron los sabios de Salamanca, todos ó casi todos clérigos, á Colón? ¿Nocalificaron de absurdos sus propósitos y hasta dicen se le tachó de loco y visionario? Prescindiendo de la autenticidad, hoy discutida de las famosas conferencias, y en el supuesto de que su celebración fuese indubitable, no hay motivo ninguno para tachar de retrógrados y enemigos de la ciencia, ni aun de indoctos, á los conferenciantes. Y en efecto, desechada por inverosímil la especie de los que sostenían haber opuesto tan solo como argumentos á los planes de Colón textos bíblicos, sutilezas místicas, preocupaciones fanáticas; pues como dice muy bien Irving «es probable que pocos pondrían tales reparos y se avanzarían, sin duda, en objeciones más fundadas y dignas de aquella distinguida Universidad,» es perfectamente racional admitir una oposición por parte de la Junta á las teorías de Colón, porque discutiendo con el mencionado P. Cámara en la obra ya citada, preguntaremos:

«A no desconocer por completo los tiempos, ¿podía esperarse éxito más afortunado de aquel consejo? De conformidad con otras enseñanzas arraigadas en las escuelas ¿quién había de lisonjearse de mejor suerte? ¿Así y con tanta facilidad se muía de cauce á los ríos?... No se olvide que Colón se presentaba á la citada junta después de haber sido desoído en Portugal, donde por los estudios á la sazón reinantes fuera razón le acogieran mejor; que había sido también desatendido en Venecia, Italia ó Inglaterra; y zculparemos á los salmantinos por haber puesto alguna antigua objeción, pero que en último resultado le atendieron, y olvidaremos á los portugueses y otros á la sazón ocupados en estudios y empresas análogas?»

Poderosísimos, incontrastables son los argumentos del sabio Prelado; y nadie, sopena de pasar por insensato y ciego, podrá negarlo; y siendo esto cierto, bien podemos concluir que si el estado de las ciencias en aquella época determinó tal oposición, no cabe ni culpar de ello á los profesores de la Universidad de Salamanca, ni al clero que la componía.

Y si después de esto hojearmos la biografía de Colón y nos le encontramos pobre y fa-

tigado á las puertas del convento de la Rábida, demandando hospitalidad en nombre del cariño de padre; recibiendo allí desinteresados auxilios; recogiendo á la par valiosos é infatigables auxiliares en aquella comunidad, que cuando una vez repudiado ó al menos despreciado volvía á dar su postrimera despedida, le alienta de nuevo y otra vez protegiéndole, termina por bendecirle en Palos en el solemne momento de su partida; si al seguir el curso de sus gestiones en la corte encontramos como auxiliares suyos muy doctos y no menos distinguidos eclesiásticos, y en el momento sublime de su muerte le confortan con sus auxilios espirituales, cuando sus merecimientos habían sido criminalmente olvidados y huérfano de todo auxilio se disponía á entregar su alma al Omnipotente, no podremos por menos que exclamar: falsa, falsísima es la imputación calumniosa que se hace á la religión y á sus Ministros; en este caso, como en todos, ejercitan siempre la misión altísima que su carácter les impone, protegiendo á quien de auxilios necesita.

En el año 1627 el escultor Alonso Sardiña ejecutó todos los lindísimos adornos de la misma, hecha excepción del atrevido relieve del martirio de San Esteban y alguna otra escultura, que se deben al milanés Juan Antonio Geroni. Precioso modelo del renacimiento la fachada del convento de San Esteban, posee una hermosísima combinación de molduras, excelentes tallados y graciosísimos perfiles cuya descripción sería imposible hacer.

El otro grabado representa el patio principal del convento, obra de extraordinaria originalidad y belleza. Pertenece al género de transición, y lo forman cuatro lienzos iguales, rodeados de dos galerías, baja y principal.

Los arcos de estas galerías están subdivididos por delgadísimos pilares que parecen sostenerlos, y robustecidos en la parte superior por gruesos botareles.

Los medallones de las galerías, las repisas ó consolas que intentan el arranque de los aristones y los capiteles de todo él son variados.

Los medallones de las galerías, las repisas ó consolas que intentan el arranque de los aristones y los capiteles de todo él son variados.

Maravilloso es que monumento de tanta valía haya sido respetado por el vandalismo moderno, á través de las vicisitudes por que se pasó y de los cambios experimentados. Testimonio elocuente del genio y piedad de lejanos tiempos y admiración de los presentes el convento de San Esteban de Salamanca osténtase hoy suntuoso y magnífico sobre las ruinas del esplendor pasado.

M. MOREIRA.



NUESTROS GRABADOS

REPRESENTA el primero, la fachada principal de la iglesia de San Esteban de esta ciudad.

Esta rica joya del arte arquitectónico comenzó á construirse en 24 de Junio del año de 1524, acabándose en 18 de Febrero de 1603.

Los planos de esta fachada y del resto del edificio fueron delineados por el arquitecto don Juan de Alba, natural de Vitoria, mas habiendo fallecido este señor á poco de comenzada la obra, la continuaron Juan de Rivera, Pedro Gutiérrez y Diego de Salcedo.

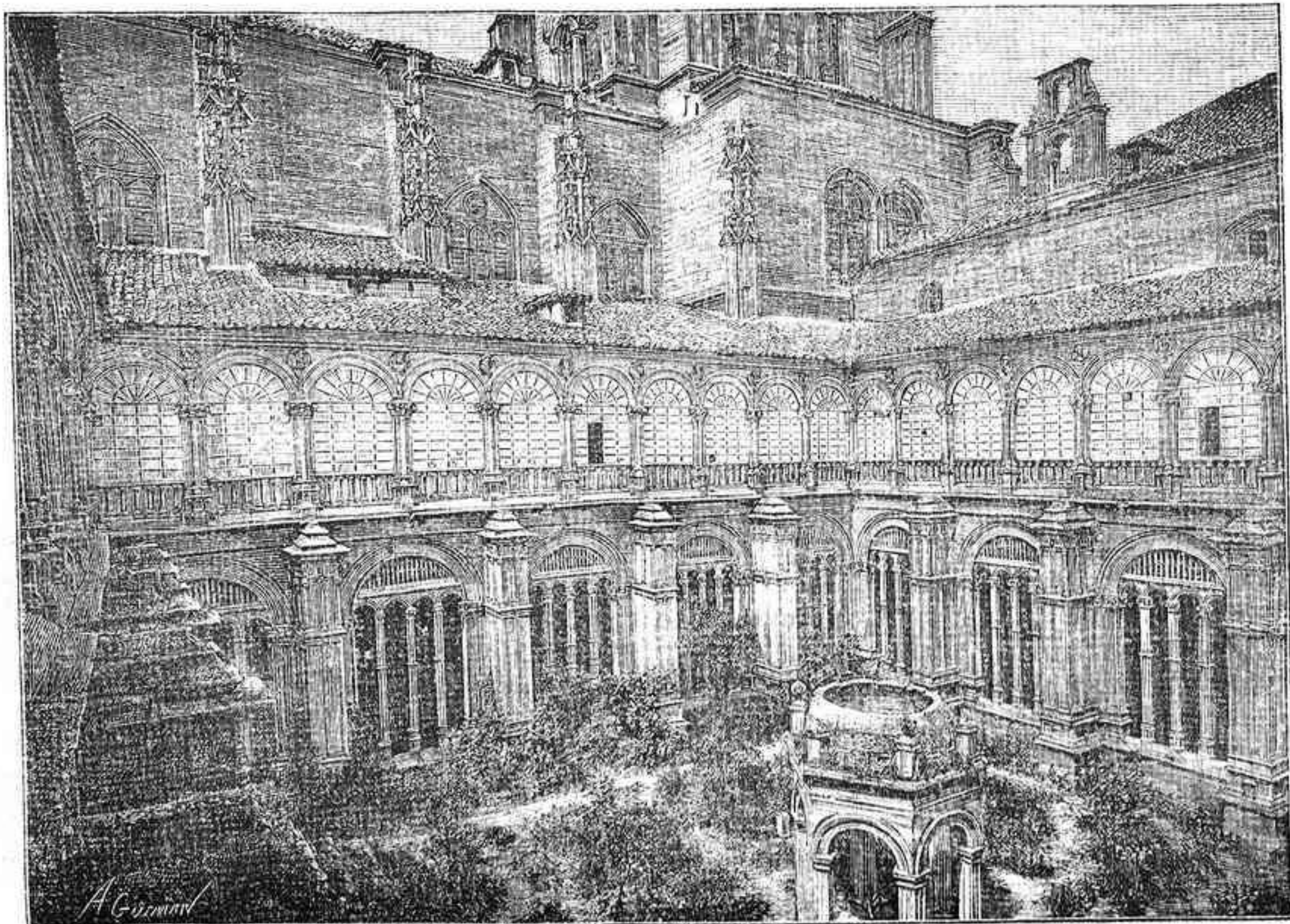
PENSAMIENTOS

El cielo de Salamanca apareció tachonado de astros: su estrella polar guió á Colón por ignotos mares y le condujo al Nuevo Mundo.

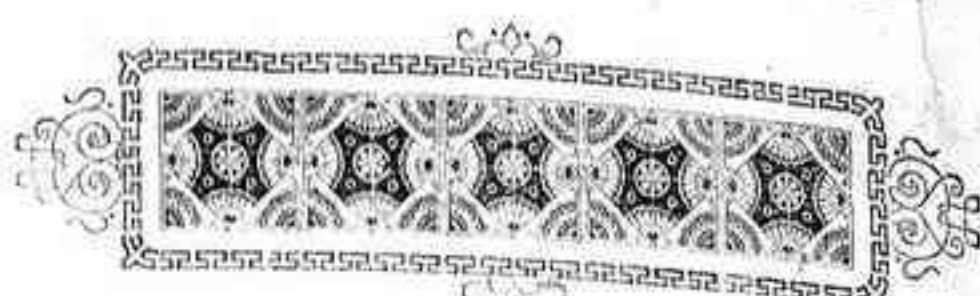
El vendabal de la revolución derribó bellos monumentos; mas respetó el convento de San Esteban. Fué la estancia de Colón: es este testigo secular del descubrimiento del Nuevo Mundo.

¡Universidad salmantina! Tú eres la madre del gran Cortés y de Santo Toribio de Mogrovejo: el primero conquistó á Méjico, el segundo santificó el arzobispado de Lima.

FRANCISCO JARRIN.



CLAUSTRO INTERIOR DEL CONVENTO DE SAN ESTEBAN



DIARIO DE COLON

EN el diario de Colón en su primer viaje al Nuevo Mundo encontramos estas notas:

Jueves 11 de Octubre

Navegó al Oeste sudeste, tuvieron mucha mar más que en todo el viaje habian tenido. Vieron pardales y un junco verde junto á la nao. Vieron los de la carabela Pinta una caña y un palo, y tomaron otro palillo labrado á lo que parecía con hierro, y un pedazo de caña y otra yerba que naco en tierra, y una tablilla. Los de la carabela Niña también vieron otras señales de tierra y un palillo cargado de escaramojos. Con estas señales respiraron y alegráronse todos. Anduvieron en este día hasta puesto el sol 27 leguas.

Después del sol puesto navegó á su primer camino al Oeste: andarian doce millas cada hora, y hasta dos horas después de media noche andarian 90 millas que son 22 leguas y media. Y porque la carabela Pinta era más velera é iba delante del almirante, halló tierra é hizo las señas que el almirante había mandado. Esta tierra vióla primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana; puesto que el almirante á las diez de la noche, estando en el castillo de popa vido lumbre, aunque fué cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra; pero llamó á Pero Gutiérrez, repostero destrados del Rey, é dijo-le que parecía lumbre, que mirase él y así lo hizo y vidola: dijolo también á Rodrigo Sánchez de Segovia que el Rey y la Reina enviaban en el armado por veedor, el cual no vido nada porque no estaban en lugar dó la pudiese. Después que el almirante lo dijo é vido una vez ó dos, y era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba, lo cual á pocos pareciera ser indicio de tierra. Pero el almirante tuvo por cierto estar junto á la tierra. Por lo cual cuando dijeron la Salve, que la acostumbran decir é cantar á su manera, todos los marineros, y se hallan todos, rogó y amonestoles el almirante que hiciesen buena guardia al castillo de proa y mirasen bien por la tierra, y que al que le dijese primero que vía tierra le daría luego un jubón de seda, sin las otras mercedes que los reyes habían prometido, que eran 10.000 maravedis de juro á quien primero la viesse. A las dos horas después de medianoche pareció la tierra de la cual estarían dos leguas. Amanaron todas las velas, y quedaron con el treo, que es la vela grande y sin bonetas, y pusieronse á la corda, temporizaron hasta el día viernes que llegaron á una isleta de los Lucayos que se llamaba en lengua de indios Guanahani. Luego vieron gente desnuda y el almirante saltó á tierra en la barca armada y Martín Alonso Pinzón y Vicente Arés, su hermano, que era capitán de la Niña.

Sacó el almirante la bandera real y los capitanes con dos banderas verdes saltaron con él á tierra.

SALAMANCA  
IMPRENTA DE CALATRAVA  
Á CARGO DE L. RODRIGUEZ  
1892

